

PROLOGO PARA OCCIDENTALES

Vengo de un país donde los niños aprenden que el trabajo es un premio, y que el ocio es un castigo para las malas acciones.

Vengo de un país donde los héroes de los jóvenes son seres comunes: un soldado, un jefe de distrito, un perforador de pozos petrolíferos, cuyo heroísmo consiste en dar la vida por el bien de la colectividad.

Donde las palabras "señor" y "don", son insultos.

Vengo de un país donde no existe la palabra "patrón".

Vengo de un país que no tiene Dios, y sin embargo, lo primero que aprenden los niños es a no mentir, porque hace daño a los demás.

Un país que ya era culto veinte siglos antes de nuestra era. Que desde 1840 a 1949 fue invadido cien veces por una docena de potencias guerreras de Europa, de América y de Asia. Un país cuya realidad ha sido deformada por millones de toneladas de papel escritas con mentiras, calumnias, distorsiones, infamias, injurias.

Un país que se llama República Popular China, y en el cual viví más de un año en el período 1965-1966.

Una nación que, desde 1966 tiene asombrado al mundo con un movimiento que se llama "Revolución Cultural Proletaria".

Una tierra en la que se cree hay unos pequeños bandidos llamados "guardias rojos".

Una tierra donde efectivamente hay unos jóvenes llamados "guardias rojos". Jóvenes que son ejemplo para mis cuatro hijas. Jóvenes que son como yo quisiera que mis cuatro hijas sean cuando adolescentes.

Quiero resumir el espíritu chino, contándoles una fábula escrita en el siglo VII antes de nuestra era, por Lie Yui-kou. La fábula se llama "De Cómo el Tonto Movió las Montañas":

"Las montañas Taijang y Wangwu tienen unos 700 lis (350 kilómetros) de circunferencia y diez mil yenes (25 mil metros) de altura.

Al norte de estos montes vivía un anciano de unos noventa

años al que llamaban El Tonto. Su casa miraba hacia estas montañas y él encontraba bastante incómodo tener que dar un rodeo cada vez que salía o regresaba; así, un día reunió a su familia para discutir el asunto.

—¿Y si todos juntos desmontásemos las montañas? —sugirió—. Entonces podríamos abrir un camino hacia el Sur, hasta la orilla del río Janshui.

Todos estuvieron de acuerdo. Sólo su mujer dudaba.

—No tienen la fuerza necesaria, ni siquiera para desmontar un cerrejón —objetó—. ¿Cómo podrán mover esas dos montañas? Además, ¿dónde van a vaciar toda la tierra y los peñascos?

—Los vaciaremos en el mar —fue la respuesta.

Entonces El Tonto partió con sus hijos y nietos. Tres de ellos llevaron balancines. Removieron piedras y tierra y, en canastos, las acarrearón al mar. Una vecina, llamada Ching, era viuda y tenía un hijito de siete u ocho años; este niño fue con ellos para ayudarles. En cada viaje tardaban varios meses.

Un hombre que vivía en la vuelta del río, a quien llamaban El Sabio, se reía de sus esfuerzos y trató de disuadirlos.

—¡Basta de esta tontería! —exclamaba— ¡Qué estúpido es todo esto! Tan viejo y débil como es usted no será capaz de arrancar ni un puñado de hierbas de esas montañas. ¿Cómo va a remover tierra y piedras en tal cantidad?

El Tonto exhaló un largo suspiro.

—¡Qué torpe es usted! —le dijo. No tiene usted ni siquiera la intuición del hijito de la viuda. Aunque yo muera, quedarán mis hijos y los hijos de mis hijos; y así sucesivamente, de generación en generación. Y como estas montañas no crecen, ¿por qué no vamos a ser capaces de terminar por desmontarlas?

Entonces El Sabio no tuvo nada que responder”.

Hasta aquí la fábula, y a partir de ella una clara visión del espíritu con que los chinos enfrentan sus tareas ahora. Con ese mismo espíritu de absoluta fe en la supervivencia del género humano, de la invencibilidad del esfuerzo colectivo y de la proyección en tiempo de siglos de sus metas, están empeñados en la increíble tarea de crear una nueva civilización.

Y para crearla, tienen que comenzar por destruir todo vestigio de lo que quedó de la antigua, que en China tuvo vigencia hasta 1949. Y el vestigio de lo que quedó de la antigua, es la nueva clase burguesa comunista que gobernaba algunos sectores de la sociedad de China hasta mediados de 1966.

Chou En-lai, el primer ministro chino, en julio de 1966, en Tirana, la capital de Albania, lo resumió así:

“Aunque en nuestro país la clase de los terratenientes y la burguesía han sido derrocadas, todavía no se hallan completamente eliminadas. Hemos confiscado su propiedad, pero no podemos confiscar las ideas reaccionarias cobijadas en sus cerebros. La gente de esas clases todavía vive y no está resignada.

Inevitablemente tratan de realizar su restauración. Forman una minúscula minoría de la población total, pero su influencia y su fuerza de resistencia son proporcionalmente mucho mayores. Los pequeños productores en las ciudades y aldeas de nuestro país han sido organizados para tomar parte en la producción colectiva. Pero retienen ciertas peculiaridades inherentes a lo que eran antes: pequeños productores. La espontánea tendencia capitalista de los pequeños productores en las ciudades y aldeas engendra sin cesar nuevos elementos burgueses. A medida que aumentan y se expanden rápidamente las filas de obreros, algunos elementos espurios se introducen en ellas. Debido al efecto corrosivo de la influencia de la burguesía y de la fuerza espontánea de la pequeña burguesía, y debido a la existencia y a la influencia de la fuerza de los hábitos de la vieja sociedad, algunas personas en los organismos del Partido y del Gobierno y en las instituciones culturales y educacionales de nuestro partido pueden degenerar y convertirse en nuevos elementos burgueses. Al mismo tiempo, el imperialismo, el revisionismo contemporáneo y los reaccionarios de los diversos países procuran, en mil y una formas, cercarnos e infiltrarse entre nosotros, así como realizar actividades subversivas. Todo esto crea en nuestro país el peligro de que surja el revisionismo y se restaure el capitalismo”.

Yo viví parte de esta revolución cultural china. Recorrí casi toda China con los guardias rojos. Viajé por 16 de las 22 provincias, y por la región autónoma de Mongolia. Conocí decenas de ciudades, veintenas de comunas populares, fábricas, escuelas, regimientos, hospitales y universidades. Y desde el punto de vista periodístico, conté con un equipo de reporteros extraordinario para conocer a los chinos en su vida diaria, doméstica: mi esposa y mis cuatro hijas, que vivieron constantemente en Pekín.

Toda esa experiencia está volcada en este libro, que debería haber tenido el triple de volumen que el actual, pero la urgencia de los tiempos que vivimos, no permite que un periodista gaste demasiado espacio en analizar sus materiales para escribir. Por eso, tuve que hacerlo tal como está.

Para terminar, quiero resumir, en seis puntos, lo que significa la revolución cultural:

1) En términos políticos, significa arrebatarnos el poder a aquellos dirigentes comunistas y técnicos que se han “aburguesado”; es decir, en una frase chilena, a aquellos dirigentes comunistas y técnicos que le han tomado gusto al poder, y se quieren quedar allí, cumpliendo una especie de destino “de dirigentes”, aunque para ello tengan que renunciar a los planteamientos teóricos y morales de la revolución. Es decir, dejar de ser comunistas. Esta gente es la que ha formado un germen de costra dirigente en China, del mismo modo como se formó en Yugoslavia y Unión Soviética, que constituye, en términos de

estructura económico-social, una "nueva clase". Una nueva clase burócrata y tecnócrata que va olvidando los términos del juego revolucionario, y se encuentra, de improviso, con que está conspirando para continuar como clase dirigente, disfrutando del trabajo del pueblo al cual gobierna; en este caso, el pueblo chino.

2) En términos ideológicos, la revolución cultural es un intento de resolver en la práctica el problema que se les ha presentado a todos los países socialistas: la aparición de una nueva clase burócrata y tecnócrata. Los chinos intentan resolver el problema de eliminarla y de crear "sucesores" revolucionarios, que queden al margen de caer en el mismo círculo vicioso del "aburguesamiento". Concurren factores muy variados para este fenómeno, como el hábito de siglos, la diferencia de salarios, la obligación de utilizar a la burguesía anterior, de intelectuales e industriales, para el desarrollo económico del país, y los factores de presión externa (en este caso el cerco militar norteamericano y soviético). Todo esto va gestando un proceso de creación de un tipo de dirigente corrompido, que acude al soborno y al engaño para mantenerse en su nivel o escalar mejores posiciones. (Es el caso de los actuales dirigentes soviéticos y de la camarilla china que pretenda un golpe de estado). Fundamental para combatir esto es la sublimación de los valores morales de la revolución.

3) Como este proceso es continuo y paralelo al desarrollo económico del país, los chinos plantean la necesidad de una revolución que no se detiene con el acceso al poder del Partido Comunista, porque las clases siguen existiendo después. La necesidad de educar políticamente a las masas para, llegado el momento, insurreccionarlas en la ciudad y el campo, para dislocar esta nueva clase, y romper los diques creados por ella para impedir la corriente de poder de abajo hacia arriba, que es la clave teórica del sistema comunista futuro, generando así un cauce sin escollos para la ocurrencia de la línea de masas. Es decir, de la democracia real y efectiva.

4) En términos administrativos, la revolución cultural quiere resolver el problema de crear nuevas superestructuras, adecuadas a un sistema económico-social socialista. Un sistema de superestructura que sea creación de la nueva realidad económica y social de un país socialista, en que el excesivo número de funcionarios, condición necesaria en los actuales organismos de poder heredados del pasado no socialista, sea eliminado. Una superestructura realmente democrática que sea fluida al acceso de las masas a ella.

5) En términos culturales, los chinos pretenden aprovechar esta "limpieza de la casa" hecha por todo el pueblo, para echar la semilla de un nuevo tipo de hombre, cuya escala de valores esté constituida por la generosidad y el sacrificio de sí mismo por los principios morales de la revolución, contra toda mani-

festación de individualismo y el ansia de poder que enferma a no pocos revolucionarios. Así, los chinos están tratando de borrar, en el menor tiempo posible, todo el lastre mental de una civilización de 40 siglos que se estructuró (como toda la civilización occidental) sobre la base del individualismo como cima de la escala de los valores, creando una sociedad "devoradora de hombres". A esta sociedad, los chinos quieren reemplazarla por la comunista.

6) En términos históricos, la revolución cultural china está dirigida a crear una nueva civilización: la civilización comunista. Es decir, que este proceso que está ocurriendo actualmente en China, y del cual se habla o en términos de crónica policial o en términos de repudio político, es mucho más importante, desde el punto de vista histórico, que la creación de la civilización sumera, la egipcia, la griega, la romana, la cristiana o la norteamericana.

Después de esto, es bueno comenzar a escribir en forma ordenada sobre el desarrollo de la conquista de China por parte de la Guardia Roja.

ROBINSON ROJAS

Santiago de Chile